EL RETORNO[92]

Volvía...

Y volvía con el corazón roto en pedazos, con unas ansias indefinibles de convertirse en aire, en luz, en algo impalpable, que estuviese por encima del remordimiento y el dolor.

El tren corría bufando, manchando con sus flámulas de humo la azul transparencia del ambiente. A través de las ventanillas de cristal, María, con los ojos inmensamente abiertos en una sed de abarcarlo todo, veía los mismos paisajes que el recuerdo había grabado indeleblemente en su memoria. Extensas planicies, amarillentas ya bajo el flagelante bochorno de la canícula; maduros *palayales*, con sus espigas reventonas, inclinadas bajo el peso de sus granos de oro, que se perdían allá, lejos, en la línea del horizonte, siempre abierto, siempre igual; y en el fondo del panorama, largas hileras de *cañas*, rumiando sus eternas tristezas de gigantes solitarios. Acá y allá, contrastando con la tonalidad áurea del conjunto, se veían algunas *gumamelas*, fingiendo frescas manchas de sangre. Alguna vez, distintamente recortados por la luz solar, se vislumbraban los contornos de los oquedales.

Acaso fue ayer, tal vez fue hace muchos años, (¿quién mide esos lapsos de tiempo que distancian dos estados de alma opuestos?), que el mismo tren la había divorciado de su pasado de moza pueblerina, haciéndola correr hacia tierras incógnitas, en noches de ilusión soñadas y nunca palpadas al despertar.

Fronterizo, un viejo mascaba su *buyo*, reconcentrado dentro de sí mismo, en un mutismo egoísta.

María se atrevió a inquirir:

—¿Está lejos todavía el pueblo?

El viejo la miró con extrañeza, no exenta de animosidad. ¿Quién era esta mujer que le preguntaba así? ¡Bah! Sería una de tantas viajeras

[92] *Primer premio en un concurso de cuentos organizado por *La Vanguardia*.

del placer, que cansadas de verter en la ciudad el veneno de sus carnes pecadoras, van a buscar en los campos, en la virginidad de alma de sus gentes sencillas nuevos escenarios para sus aventuras galantes.

—¿Linao?[93] —gruñó más que contestó el viejo—. De aquí hasta allá el tren tendrá que correr todavía lo que dura un cigarrillo...

No quiso ser más explícito. Chasqueando la lengua, arrojó un salivazo.

Ella no insistió. ¿Para qué? Aquel lenguaje era para ella asaz conocido, y bien comprendía muy a su pesar la idiosincrasia un poco montaraz de aquella gente. Sabía que su traje llamativo, el olor a perfume barato de su cuerpo, delatábanla tal cual era: una flor del fango, arrojada por el azar o por propio capricho a la vida fácil del placer. Para aquel viejo, acorazado por un código moral estricto, era humillante sostener conversación con mujerzuelas de tal jaez. Tal vez sospechaba que iba ella a turbar el reposo beatífico de aquellos contornos con el olor a pecado de sus carnes…

Volvió a contemplar los lugares que iba dejando tras sí el tren. A ambos lados de la vía, verdes platanares abrían sus anchos abanicos de hojas, agitándolas al pasar aquel monstruo de acero, con coquetería de damas de salón; algún potro suelto, levantaba espantado la cabeza, hinchando su nariz, y se lanzaba después a una loca carrera a campo traviesa, levantando al peso de sus cascos nubes de polvo. Para aquel salvaje habitante de las campiñas, el tren que volaba rugiendo y arrancando chispas a sus rieles de acero, era un intruso que venía a poner trabas a su libertad.

II

Al saltar de la carretela, que con sus bajadas y subidas por veredas desiguales le había magullado despiadadamente las carnes, María aspiró con una sed de dulzura la primera brisa de la tarde. Estaba

[93] Lugar al que se dirige la protagonista. Hay varios pueblos y barrios con ese nombre en la zona central de la isla de Luzón, uno de ellos se encuentra en la región de Tarlac, a donde era posible que llegara el tren en aquellos años.

olorosa a flor, a flor que tras el bochorno de la siesta, se abre en una corona de pétalos, para derramar su perfume bajo el cobijo de la piedad tardecina; sentía vibrar con cierta voluptuosidad las aletas de su nariz, erecta y sensual, bajo la caricia de aquel perfume, mezcla de olor de mazorcas de maíz y de espigas de *palay* recién cortadas, y de *sampaguitas* y *mileguas*[94].

Allí estaba la casa. No había cambiado. Diríase que los años, que son canas en los hombres y mugre en las cosas, habían respetado aquella cabaña de *nipa*, cuna, lecho de amor y tumba de sus padres. El mismo cerco de cañas, disimulado bajo una espesa mata de *sampaguitas*, de *cadenas de amor*[95], de *gumamelas*, protegía el zaguán de miradas indiscretas. Hasta el *pono de guayaba*[96] al que en sus tempranos años se había tantas veces encaramado, se erguía aún, si pobre en hojas y frutos, firme todavía, a la bajada de la misma escalera. Una jaula vacía, abierta por los lados, hablaba en la ventana de pájaros muertos o escapados a la espesura de los bosques, sedientos de libertad, de vida...

Dio un paso atrás, atemorizada. Un mastín *blanco-cenceño*, corría hacia ella, ladrando furiosamente.

— ¡Eh! Volcán... ¡Arriba!...

A María, le dio un vuelco el corazón. Como la casita de *nipa*, la voz de su hermana menor no había cambiado a pesar de los años. Y en su memoria revivió la de *Trining*[97], la predilecta de sus padres. Era blanca, con blancura lechosa; los ojos negros, intensamente negros, tenían llamaradas de fuego, que se convertían inmediatamente en cascadas de ternura infinita. Su figura menuda daba la idea de un junco...

---

[94] Es una vaina de racimos, flores de color verde amarillento con una fragancia dulce fuerte. Como su nombre indica, se extiende a mucha distancia.

[95] Nombre científico *Antigonon Leptopus*. Es una vaina perenne que sube y llega a alcanzar los 10 m. Sus flores crecen en racimos de una gama de colores que va del blanco al rosa fuerte. Se cultiva en jardines y es medicinal.

[96] Vid. nota núm. 32.

[97] Abreviatura para el nombre de mujer Trinidad. La terminación tagala *–ing* añadida al nombre denota respeto para una señora mayor, a veces también se utiliza para alguien joven, pero no es tan frecuente.

Ahora la veía de nuevo bajo el dintel de la puerta. Estaba más madura, más envejecida tal vez. El dolor, noches desveladas, pensando en el porvenir de sus hermanos huérfanos, habían puesto melancólicas ojeras alrededor de sus ojos; la conciencia de sus deberes, maternales antes de tiempo, había rizado su frente en tempranas arrugas. Sólo el mentón partido en dos por la gracia de un hoyuelo conservaba el encanto de los antiguos días.

—¿Buscaba a alguien la señora?

María sintió una conmoción dolorosa. *Trining* no la había conocido, y se sentía cobarde al tener que dejarse conocer ahora. Hubiese preferido que de buenas a primeras, su hermanita hubiese reconocido en aquella extraña, a la hermana mayor que, hacia muchísimos años, en una noche romántica de mayo, se había fugado.

—¡*Trining*!...

Rompió en sollozos. Sus manos se extendieron en un deseo de abrazo, y temblaron sus piernas, bajo la impresión de aquel encuentro doloroso.

—¿Tú María, tú aquí?...

Se abrazaron estrechamente, apasionadamente. Los dedos de *Trining* juguetearon entre los cabellos de su hermana, y sus labios, labios rojos, labios ardientes, labios de fuego, no supieron ya separarse de las mejillas, de la boca, de la viajera. Después se la llevó casi en volandas, escaleras arriba, llorando y riendo al mismo tiempo. Volcán miró a las dos hermanas, con ojos todavía furiosos y se tendió después gruñendo sobre sus patas traseras...

■■■

—¿Preguntas cuál fue mi vida? Fue como la de todas las de mi clase. Días de bonanza, noches tempestuosas, caricias de la fortuna y flagelazos de la suerte... He aquí en resumen toda mi historia. Recorrí pueblos, repartiendo sonrisas sin pensar jamás en las madres, esposas,

hermanas, hijas, que quizás habrían de llorarlas. Triunfé alguna vez; tal vez me creí reina y soberana de mi pequeño mundo, pero fue siempre doloroso el despertar. ¿Era feliz? ¿Estaba contenta? Nada me faltaba, es verdad, pero sentía algo allí en el fondo de mi conciencia que en mis noches de soledad me hablaba de cosas idas, de recuerdos de una infancia lejana, perdida entre las brumas de lo que ya no vuelve. Luego, el recuerdo de nuestra madre...

Trining escuchaba el relato, sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta. Allí estaba la historia, sangrante y triste de su pobre hermana; tan gráfica y real que parecía vivirla ella misma en aquellos momentos formidables...

—Y ahora —prosiguió María—, yo quiero volver a esta tierruca, que nunca debí haber abandonado, sedienta de amor, de amor verdadero; de revivir mi infancia, de aspirar esta brisa que es pura y conocer estas almas sencillas, sin manchas en su transparencia de cristal...

Trining se levantó bajo una impresión de terror.

—¿Volver? ¿Volver aquí de nuevo?... Imposible, María, imposible...

—Y ¿por qué?

—Porque te está eso vedado por nuestra madre que en el cielo está. Oye, María: un encargo me dio antes de morir y fue este: "Hija mía, cuida a tus hermanos. Si la ausente vuelve —no quiso ni mencionar tu nombre—, arrójala de tu casa, para que no se contaminen mis otros hijos...".

María palideció de horror. Estaba proscrita de aquel hogar. Su madre, a quien tanto había ofendido, tenía ordenado su destierro perpetuo del solar de sus mayores. Y ¡ella, ella que quería regenerarse, volver a la vida tranquila de los antiguos días, se vería de nuevo obligada a mendigar dinero, a costa de sus carnes!...

Su hermana, temblorosa, prosiguió, cogiéndola violentamente:

—Vete, vete antes de que lleguen de la escuela tus hermanos. Vete, porque nuestra madre te lo manda. Continúa tu vida si quieres;

regenérate si eso prefieres, pero márchate porque aquí no tienes sitio... Vete por Dios...

María tuvo un gesto de rebeldía. ¿Con que su madre, muerta y todo, seguía persiguiéndola? Pues no sería; antes preferiría ella morir, para acabar de una vez con aquella vida maldita...

Quiso saltar por la ventana. *Trining*, rápida como el pensamiento de su hermana, la cogió por la orla del traje.

—¿Qué haces desgraciada?... María, por Dios, vuelve en ti. Mira que eso está mal, que eso es un pecado.

Desfallecida bajo el peso de emociones tan encontradas, María se dejó caer en un asiento. Una extraña laxitud se apoderaba de ella, y sentía que todo giraba en su rededor.

Trining, hermana al fin, le rodeó el talle con las manos, y la besuqueó ruidosamente. Otra vez volvieron a juguetear sus dedos entre los cabellos de su hermana. Y otra vez sus labios, rojos y ardientes se pasaron sobre las mejillas y la boca de su hermana.

Después se levantó decidida:

—Mira, María; si nuestra madre te proscribió de mi hogar, yo, a despecho de su mandato, te admito...

María se levantó de un salto; se precipitó sobre su hermana, y la zarandeó a besos, deshecha en mares de ventura...